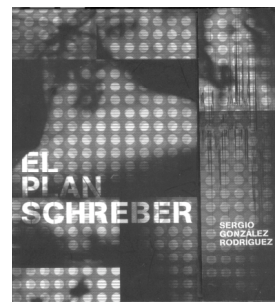


# La experiencia de los límites

## El plan Schreber de Sergio González Rodríguez

Evodio Escalante



Hay textos que trabajan en la experiencia de los límites. Textos pugnaces, empujadores, que mueven o remueven los muros de la institución literaria, y que con ello operan un desplazamiento de las fronteras de lo aceptado y conocido. Ya es mucho que este desplazamiento pueda medirse en micras o en centímetros. La hazaña de cualquier modo que se la mire es enorme. Creo que *El plan Schreber* (México, Byblodisc, 2004) de Sergio González Rodríguez es uno de estos textos privilegiados. Relato negro, utopía negativa, parodia posmoderna, liquidación de una episteme, épica corrosiva de la transexualidad, el guiño orwelliano de este texto no lo priva de un jugueteo trans-filosófico que anuncia entre carcajadas el cierre de la noche platónica de nuestro descontento. Desde los tiempos de Platón, en efecto, se prolonga en la historia por la vía eficientísima de una acumulación y proliferación del capital, primero mercantil como señaló Marx y luego oligopólico, “la angustia de una permanente carencia metafísica del hombre”. Era la falla y la falta lo que nos determinaba como seres humanos disminuidos. La edad de los chips y de las manipulaciones clónicas deja entre ver la posibilidad de una nueva cultura unisexual, hermafrodita, en este sentido maquinal y deshumanizada, que inauguraría una nueva economía del gasto y del exceso que se concibe a sí misma como radicalmente intransitiva. De este suelo brota la ficción de González Rodríguez. Una policía, de la que ignoramos su nombre, es colonizada por un chip devastador que se inserta en ella a través de la perturbadora imagen pornográfica de una chica ¿tailandesa? dotada de un pene y de testículos... “Miraba sin saber que era mirada”. La primera frase del texto ya remite de cuerpo entero a la visión

prefigurada en el 1984 de George Orwell. Sólo que aquí el narrador invierte la fórmula: el sexo no está excluido, sino que es el incentivo principal. El *melos* gozoso de la partitura. La mirada absorta del pornógrafo, la contemplación congelada que se eterniza, nos sumerge en el torbellino de la mirada poseída o hipnotizada por seductores emblemas del cuerpo unisexual. Humillación moderna. Toda nuestra recompensa: ver, como diría Agustín (el de Hipona). Y toda nuestra esclavitud, también, podría completarse el dicho. La nueva idealidad es una idea perversa pacientemente inoculada en el soma de cada quien: el ser completo, aquél al que ya no le falta nada. El Uroboros que se puede penetrar a sí mismo. Ya la banda germana Rammstein recoge este ilusionismo de los tiempos actuales. El *Zwitter* (o sea, el hermafrodita, eternizado ya por Cánova) como estado perfecto, como el transformismo al que se encamina la especie quizá para librarse del aburrimiento y de la cárcel de los géneros.

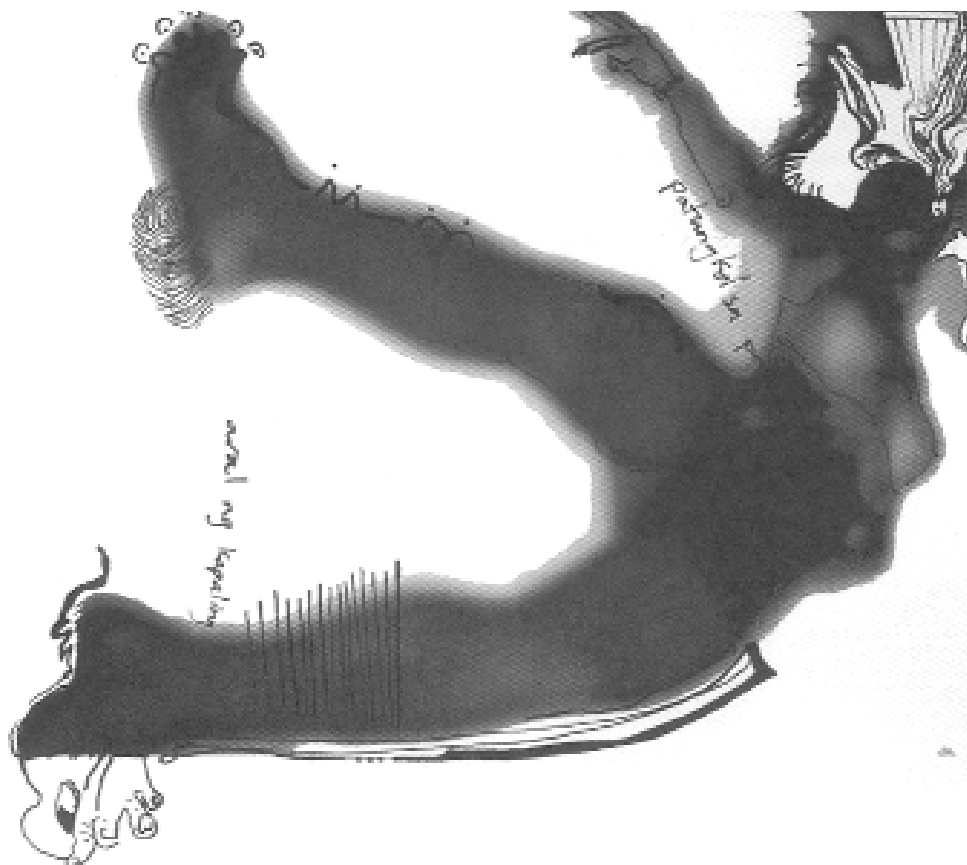
Como ya lo adelanta el título, el fondo del relato, la gran conspiración en marcha está inspirada en las memorias de Paul Schreber. Este “loco impuro” estudiado por Freud, por Cenetti y por Calasso últimamente (remito a la edición mexicana de *El loco impuro*) prefigura una tendencia de nuestra cultura. En su delirio cósmico y paranoide, Schreber incluye un diagnóstico y una solución que se le impone por designios divinos y que por lo tanto es imposible desatender. El diagnóstico: la humanidad está podrida, es un fiasco incluso en primer lugar para su Creador; el hombre apestado, es corrupto, ha degenerado y traicionado los designios divinos. Conclusión: es necesario acabar con ella. En efecto, Dios se prepara para aniquilar este fraude de la

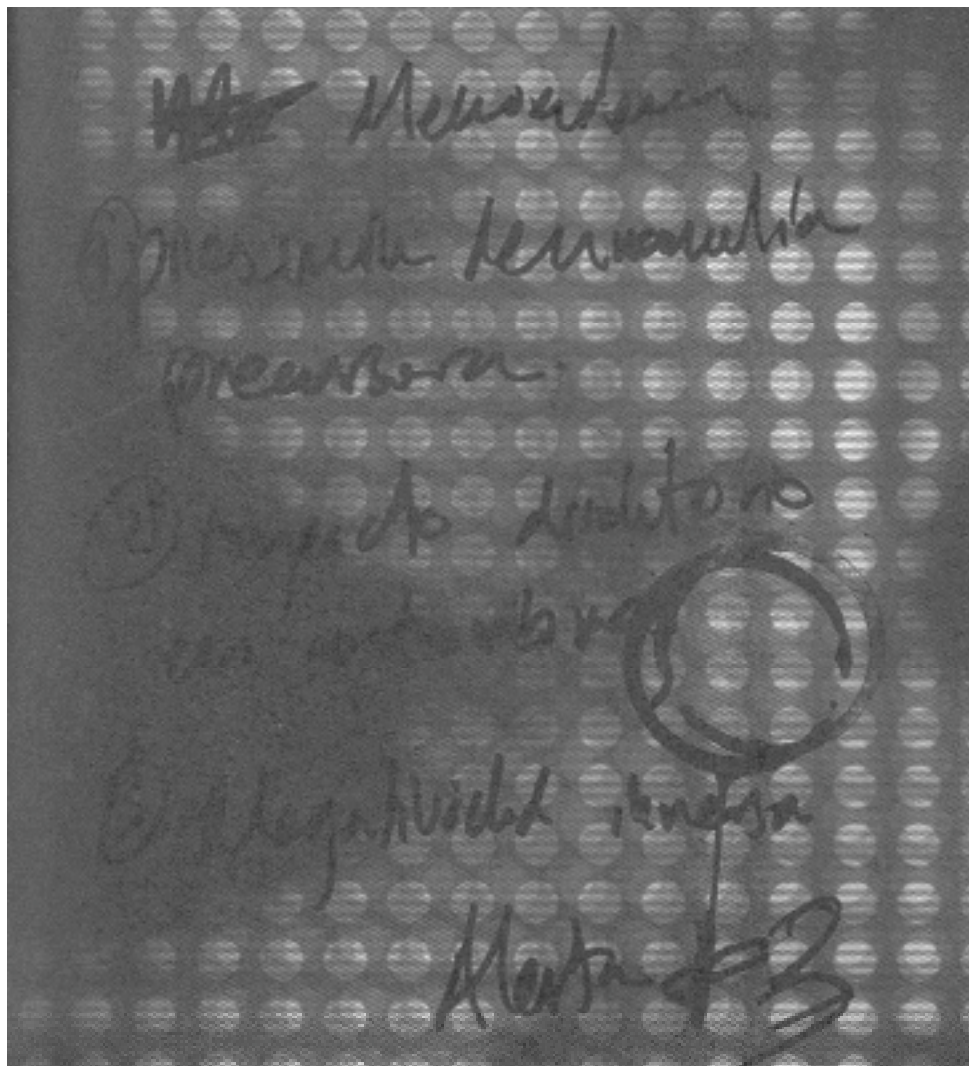
creación.... La solución requiere de la mediación del cuerpo del Presidente Schreber, a vezado juriconsulto que ha sido seleccionado por Dios para engendrar a la nueva raza sustitutiva que habitará el planeta. A través de los rayos del sol, de hilitos dorados que lo penetran por el culo, Schreber queda en efecto embarazado y con millones de sagrados huevecillos que son la Gran Promesa. La Gran Reivindicación. La segunda oportunidad del hombre sobre la Tierra. Esta historia, documentada por el psicoanálisis, y retomada por la cultura de nuestros días, reverbera como una sombra en el relato de González Rodríguez, es su estímulo y casi su razón de ser.

Casi, porque mejor que un rescate o una enferma nostalgia, *El plan Schreber* es una atrevida prospección, la visión de un futuro que parece cada día más cercano. El “kitsch de oriente”, de claros acentos benjaminianos, se edulcora con instintos nacionalsocialistas. La calidez de una afección cursi y omniabarcadora que radica en los *gadgets* se mezcla con la emergencia de un inconsciente nazi que aflora desde los subterráneos y se transmite por internet. ¿La revancha de lo reprimido? ¿Por qué no? Lo que justifica esta conspiración, lo que le da su sentido trascendental, por así decirlo, es la certeza de que a través de este plan que sólo a la ligera habría que llamar perverso será posible cerrar la herida de la carencia metafísica. La alineación, el desgarramiento, hegeliano o no, al que estamos sujetos, habrá de desaparecer. Para eso las nuevas *rogas* líquidas (alto producto tecnológico) que al sernos administradas, al correr por nuestras venas nos inundan de música y de armonías celestiales capaces de llevarnos a un nuevo paraíso personal que lograría conciliarnos con lo inconciliabile.

Nacimiento de una nueva esplendorosa humanidad. Una quinta raza vasconceliana pero sin la pudibundez y el irremediable racismo de ese Vasconcelos que en *La raza cósmica* prescribe que los feos, entiéndase: tanto los negros como los indios, ¿quiénes más?, tendrían que dejar de engendrar... por oscuras (incomprensibles) razones estéticas.

Si el siglo XX mexicano se inicia en la novela con *La señorita etc.*, de Arqueles Vela (1922), primer relato vanguardista no sólo de México sino de Hispanoamérica según sostiene la investigadora Katharina Niemayer, (remito a su excelente libro, *Subway de los sueños, alucinamiento, libro abierto. La novela vanguardista hispanoamericana*. Frankfurt, Vervuert Iberoamericana, 2004), el siglo XXI merece iniciarse con este diabólico y convincente *Plan Schreber*. No es de modo arbitrario que evoco estas auroras narrativas, estos amaneceres de siglo. No pretendo ninguna dependencia, ni siquiera ninguna influencia que sometería el texto de González Rodríguez al del antecesor estridentista. La consolidación de un intertexto se lo regalo a los académicos de la literatura, que nunca faltan. Aquí hablo de algo más inmediato y más esencial: de un aire de familia. Si el texto de Arqueles está recorrido por una ambigüedad inescapable, en la medida en que *La señorita etc.*, es a la vez objeto de deseo y objeto temido, objeto libidinal y posible agente castrador, suma múltiple de personalidades que escapa de manera mercurial a la comprensión del narrador, fetiche y ser fóbico capaz de aniquilar al sujeto, el relato de González Rodríguez evoca una semejante atmósfera deseante y fóbica a la vez. Se diría que Arqueles Vela se vio obligado a escribir su relato acarreado por una irremediable *Angst von der modernität...* Qué lejos del texto parecen las recetas escolares que alguna vez dictaminaron que las vanguardias son modernólatras, esto es, que adoran al nuevo Moloc de la modernidad. El asunto es un poco más complicado. A menudo se le adora en la misma medida en que se le teme. Nadie me puede quitar la idea que varios de los textos esenciales del estridentismo preludian la modernidad pero a la vez la abominan como ahora se abominaría un contagio de sida. *El Plan Schreber* exhibe una semejante tesi-





Agrega el personaje:

Cuando hablo del cultivo de la feminidad aludo no sólo a una concupiscencia sexual en abstracto, sino a la idea de representarme a mí mismo como hombre y como mujer en una sola persona, realizando el coito conmigo mismo, o dedicándome a cualesquiera actividades tendientes a la excitación sexual, que acaso en otras circunstancias resultarían obscenas....

Cuerpo polimorfo y perverso. Proliferación y disseminación de una sexualidad liberada de modo pleno de la otredad. Fórmula para mejorar a la humanidad y volverla un juguete del transformismo. Digámoslo en términos de Nietzsche: El superhombre es un travestí (...) cibernéticamente alterado. ¿Alguna objeción?

Sólo quisiera indicar la última gran paradoja de este texto inquietante y a la vez literalmente indispensable. El reino de la máquina, una máquina que contiene a su vez (otro giro posmoderno del texto) una máquina del tiempo, capaz de modificar el pasado desde las acciones que tienen lugar en el presente-futuro, no puede prescindir empero del valor de uso de la carne, del valor en vilo del cuerpo. A fin de cuentas, la esclavitud, fenómeno arcaico y siempre actual, tiene que ver con el cuerpo y su sobrevivencia. *El plan Schreber* concluye de modo regocijado con una gloriosa "lluvia dorada" que de inmediato se repite y se refracta como en un caleidoscopio o juego de espejos en multitud de calles de la ciudad antigua. No basta con matar al operador. El asistente, quien lo acaba de asesinar, debe todavía mojarlo con una rúbrica personal. Se desabrocha la vestimenta, se agacha como lo haría una mujer y orina encima del cadáver de su víctima, como si la intención fuera proporcionarle un último placer o una postera humillación. Es el lector quien debe decidir. [1]

Las ilustraciones fueron tomadas de la edición de *El plan Schreber* publicada por Byblodisc.

tura. Está arrojado de cabeza en la modernidad, una modernidad todavía por venir, un mundo donde el DJ es el nuevo dios que gobierna a las multitudes, y donde la droga y el cambio de sexo se han convertido en realidades cotidianas, pero en el fondo pretende escapar de ella. Pese a una cierta apariencia celebratoria, indispensable en la economía del relato y sobre todo indispensable para enganchar el interés del lector, endiosado y a la vez esclavizado por la tecnología, la columna vertebral secreta de *El plan Schreber* está recorrida por la angustia que esta imposición tecnológica y sus consecuencias descomunales e incalculables producen en un escritor de nuestro tiempo.

Esta tecnología hace posible el cuerpo célibe a voluntad. Célibe por el goce infinito de una carnalidad que se satisface a sí misma, siguiendo adelante con la tendencia

hacia la feminización de la humanidad en la que ya estamos comprometidos. Habla uno de los profetas a los que logra darle la voz Sergio González Rodríguez, ni más ni menos que el visionario Schreber (vale aclarar: no el estudiado por Freud sino el inventado por SGR), quien sostenía que él estaba destinado a "llevar al mundo el cultivo de las sensaciones femeninas, posibilitadas por la existencia de los nervios de la voluptuosidad". El nuevo eje Viena-Moscú, que no desdeña las ramificaciones que logren establecerse con los grandes negociantes de la pornografía asiática, deja ver hasta qué punto los fantasmas de la política prevalecen en la utopía negativa trazada por el autor-manipulador. Los fantasmas en el sentido derridano del término: como esos espectros reprimidos que amenazan con regresar y que ya de algún modo están entre nosotros.

*El plan Schreber* es una atrevida prospección, la visión de un futuro que parece cada día más cercano.